

España, la imposible quimera

Carlos Díaz

Hablo aquí de esta España, de la que hoy viste y calza, sin interesarme por su hipotética metafísica o por su historia pasada. Sólo de su física social y de sus concreciones; de paso, no tendré mayores reparos en darle algún que otro repaso a los patriotas en general, respecto de los cuales el mejor negocio sería comprarlos en lo que valen y venderlos en lo que dicen que valen. No es la patria lo que es del alma, sino lo metapatriótico, lo universal del espíritu, lo que –ya en mi caso– abre paso hacia los continentes de un humanismo cristocéntrico.

1. Adios, España, adios

Una patria, en todo caso, mejor o peor, es la unidad de sus latidos comunes, la cuna común en que se mecen los mismos sueños de un colectivo. Pero, cuando la patria no es eso, entonces no es otra cosa que solar de ruinas, lecho de moribundo que, aún en vida, padece el expolio de sus presuntos herederos evisceradores. Y esto último es España, un guiñapo depredado por las aves de rapiña que con sus torvos vuelos concéntricos hincan sus curvos picos sobre el precadáver avizorado. Panópticos ojos redondos, afiladas garras prensoras, estridentes grajidos de muerte, los que van a matar te saludan, España.

La patria, para quien la trabaja. Si la vejez, en fórmula extraordinaria de Luis Bru, llega «cuando nuestras deficiencias superan a nuestras apetencias y tenemos que renunciar a muchas de ellas», yo al menos puedo felicitar me en la medida en que vivo permanentemente irritado contra eso que algunos llaman *patria*, en cuyo desguazamiento no deseo ni participar, ni asumir ninguna de sus herencias, ni presenciar su quebranto final por la nauseabunda rapiña de sus buitreadores, algunos de los cuales la gobiernan, para más sarcasmo: he ahí que sus galenos introducen muerte en lugar de sana-

ción, enfermedad yatrogénica por excelencia.

Cada cual tiene la patria que se merece, y la mía —porque nada merezco al respecto— no aspira a ser ninguna de las usuales, ninguna de aquellas que encantan a los patriotas. Allá cada cual, pues, con la suya:

«Cada uno en el rumor de sus talleres
a diario la patria se fabrica.
El carpintero la hace de madera
labrada y de virutas amarillas.
El albañil de yeso humilde y blando
como la luz. El impresor de tinta
que en el sendero del papel se ordena
en menudas hormigas.
De pan y de sudor oscuro el grave
campesino. De fría
plata húmeda y relente
el pescador. El leñador de astillas
con forestal aroma cercenada.
De hondas vetas sombrías
el minero. De indómitas verdades
y hermosura, el artista.
Cada uno hace la patria
con lo que tiene a mano: la sumisa
herramienta, los vivos materiales
de su quehacer, un vaho de fatiga,
una ilusión de amor y, en fin, la rosa
de la esperanza, aun en la sonrisa»

(Leopoldo de Luis: *Patria de cada día*)

Particularmente, cada día redescubro con más afición la vocación de *metapátrida* que me inhabita, aunque dicha afición venga de antiguo, quizá desde el día en que me emocioné leyendo que ni los obreros explotados ni los pobres de la tierra tienen dónde reclinar la cabeza, a pesar de que los ricos para defender sus posesiones enseñen a cantar a los más desheredados los himnos y a tremolar las banderas con las que se dejen matar en las guerras patriotas, llevándoles de este modo tan contentos como engañados al matadero.

Confieso que cuando me hablan solemnemente de patrias no entiendo nunca, pues sólo entiendo de paisajes con paisanajes al fondo, de nexos tradicionales y comunitarios, de culturas y de civilizaciones, pero esto ya no es patriótico sino en todo caso matriótico, proyecto de allendidad. Esto otro es lo que yo entiendo por mi parte: el sable y el cañón son lo que llaman patria, el libro y la pluma son la patria; el rumor del sable y el tronar del cañón matan el lenguaje silencioso del libro y la firmeza de la pluma manifestándose. Lo que ellos grandilocuentemente llaman patria es la frontera, la

bandera, el egoísmo; la patria es la naturaleza silenciosa, aquello que nos hace comunes a todos los humanos, por igual necesitados de ser queridos. La patria es la exclusión, la cerca, el derecho de propiedad; la patria es la Oda a la Alegría, con ese beso que abarca a la humanidad abatiendo los muros de lo tuyo y de lo mío. La patria es el hombre viejo, con cerebro de reptil, el estegosaurio; la patria es el neoencéfalo de una inteligencia sentiente capaz de enamorarse. La patria es el muñón, la patria es la mano. Y la patria abre al más allá metapatriótico.

En general, las patrias de los patriotas son por decirlo finamente, una cagada de vaca, que ni sabe ni huele, de grandísimo volumen pero sin ninguna esencia, por mucho que las desfallecientes patrias en Europa (patria de patrias, superpatria cuya señal de identidad está en el becerro de oro) pretendan ser sustituidas por la Ecupatria del mercadeo común. Quisiera mostrarlo.

2. Entre todos la mataron y ella sola se murió. O de cómo a la hora de la verdad no era tan apremiante la supuesta angustia de España

¿Cuánto tiempo creen ustedes obligatorio guardar luto por el difunto, en este caso por España? Parece que los más partidarios de las verdades eternas deberían serlo también de los lutos eternos, ya que las verdades no mueren; eso sería lo lógico y lo ético, en efecto, pero ha resultado que las plañideras más chillonas y los del gran vozarrón patriotístico de ambos bandos han ido apagando imperceptiblemente sus gritos para recasarse con el boato exigido por el actual tenor de los tiempos y para reacomodarse en sus respectivos nichos ecológicos, siempre bien orientados al sol, eso sí, con lo cual continúan fieles al «cara al sol», aunque ahora con la camisa nueva.

Y así estamos. Los sociólogos chequean, cuestionan, interrogan, analizan, y extraen gráficas concluyentes que sólo sirven para testificar el empeoramiento progresivo de las constantes vitales de ese enfermo, ayer a veces ilustre hoy deslustrado, de nombre *España*. Todos han deshauciado al enfermo incurable. La cadaverina aparece con sus cárdenas huellas sobre su rostro tumefacto del insomne caquéctico. Comienza a oler, las fuerzas disgregadoras han empezado a tomar posiciones sobre la ya intuída —para ellos— fértil podredumbre. Gusanos y buitres, todos a una en Fuenteovejuna. Los demás, ayer católicos, hoy transmigracionistas, reencarnacionistas y metempsicósicos, se temen mucho que la próxima reencarnación de España pueda darse en una mofeta hedionda. Mientras tanto, gusanos, buitres, murciélagos, cucarachas y demás familia alborotan y pelean por la herencia desfondada: ¿sería verdad que todos los animales son iguales, pero algunos animales más iguales que otros?

Lo cierto es que parece haber comenzado una vez más la rebelión en la granja ante el precadáver, y con la perspectiva del eterno retorno de lo

idéntico:

«No habían dado veinte pasos cuando se pararon bruscamente. Un enorme alboroto de voces venía desde la casa. Regresaron corriendo y miraron nuevamente por la ventana. Sí, se estaba desarrollando una violenta discusión: gritos, golpes sobre la mesa, miradas penetrantes y desconfiadas, negativas furiosas. El origen del conflicto parecía ser que tanto Napoleón como el señor Pilkington habían descubierto simultáneamente un as de espadas cada uno.

Doce voces gritaban enfurecidas, y eran todas iguales. No había duda de la transformación ocurrida en las caras de los cerdos. Los animales, asombrados, pasaron su mirada del cerdo al hombre, y del hombre al cerdo; y, nuevamente, del cerdo al hombre, pero ya era imposible distinguir quién era uno y quién era otro» (George Orwell: *Rebelión en la granja*. Ediciones Destino, Madrid, 1996, p. 187).

Vamos, todos a una:

«Funcionario, funcionario,
funcionario de mi amor,
yo quiero ser funcionario
para vivir del erario
y tener jubilación».

Octubre 1997